SEMBLANZA AL MARINO PERUANO

Contralmirante (r)
Federico Salmón de la Jara

El marinero, nuestro marinero peruano, ciertamente es la primera imagen que graban nuestras retinas cuando por vez primera cruzamos las rejas de la Escuela Naval al iniciar nuestra carrera en la Marina. Lo seguiremos viendo y conociendo durante cinco años de cadetes, ya sea en la propia escuela como también a bordo en las prácticas en la mar y embarcados en unidades de la Escuadra durante los Cruceros de Verano. Ya alférez de fragata, desde que pisamos la cubierta de nuestro primer buque y con un grupo de ellos directamente asignados a nuestras órdenes, daremos inicio a la más importante de las funciones en la carrera del Oficial de Marina: aprender a ser "Conductores de hombres". Ellos serán parte importante durante toda la trayectoria profesional y a lo largo de cada nuevo grado en la escala del mundo.

Es a nuestro marinero, quizá uno de los mejores marineros del mundo, a quien van dedicadas estas páginas. Muchos de ellos siguieron nuestra ruta con el transcurso de los años, ellos y nosotros, los sucesivos grados de nuestra común profesión. Ya en el retiro, es frecuente encontrarnos con algunos de ellos, y al recordar pasadas vivencias nos sentimos más jóvenes y fuertes. Otros, cumplieron sus años de servicio y volvieron al mar, a su puerto de origen en el extenso litoral peruano.

Estas líneas están dedicadas al marinero peruano, a sus horas de servicio en nuestra Armada. Al RECLUTA que por su propia voluntad, decidió enrolarse a la Marina. La historia Marítima del Perú, a través de sus muchas épocas, cubre en profundidad la historia del marinero peruano, su vida y obra en el puente, las cubiertas y salas de máquinas de viejas unidades protagonistas de épicas hazañas.

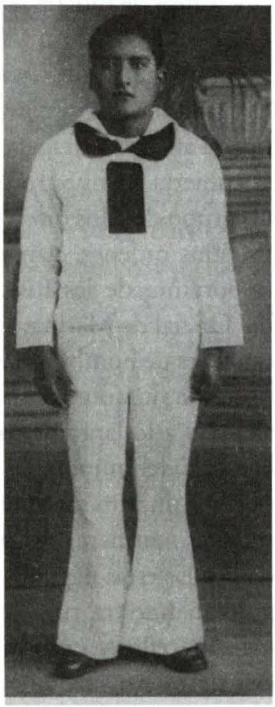
Son muchos también los puertos, bahías y caletas en que, de norte a sur, figuran en las cartas portulanos de nuestra extensa costa. En ellas, en su gran mayoría, nacieron y vivieron sus primeros años nuestros marineros. Son parte de viejas generaciones de hombres de la mar, pescadores, trabajadores de puerto, tripulantes de marineras embarcaciones, maniobristas en los legendarios muelles. Desde muy niños aprendieron a

conocer y querer al mar. Marineros innatos. Es difícil hacer el recuento de cada época. Los connotados historiadores autores de nuestra Historia Marítima han logrado trazar muchas páginas en cada capítulo del largo acontecer.

Para los efectos de esta crónica que ha de cubrir varios capítulos, he decidido comenzar con la imagen del marinero de mi tiempo de servicio en la Marina, particularmente a bordo entre los años 1933 a 1967. Será por tanto el recluta de mis horas en la mar. El protagonista: *Lorenzo Alva Caballero*, cuya fotografía acompaña a estas líneas; hombre de mi generación, lúcido y sano, continúa frente al mar en el legendario Puerto Chicama, conocido desde tiempos muy remotos con el nombre de Malabrigo, cuyo viejo muelle aún se interna en el mar, pareciendo recordar antiguas horas de esplendor. Considero que sea él en su propio recuerdo y estilo, quien nos relate las remembranzas de su tiempo de recluta. Estoy seguro de que su historia es también la de muchos abnegados hombres de nuestra costa que conservan y lucen con honor antiguos recuerdos y fotografías en sus hogares frente al infinito.

RESEÑA

Lorenzo Alva Caballero



Nací el 9 de febrero de 1918 en el distrito de Puerto Chicama, hoy Malabrigo, dedicándome, después de mis estudios primario, a la pesca, actividad característica de esa época en este puerto pesquero.

Tenía dieciséis años, y recuerdo que un día 4 de agosto de 1934, me enteré de la llegada de un buque de la Armada que venía recogiendo voluntarios para el servicio; era el B.A.P. *Almirante Grau* que venia enrolando jovenes de los puertos Pizarro, Talara, Paita, Pimentel, Éten, Pacasmayo y Puerto Chicama; me presenté con otros veintiún voluntarios, de los cuales ocho no fueron aceptados. En mi caso, para que me aceptaran dije que tenía dieciocho años, que había nacido el diez de agosto de 1916; lo cual hice porque quería servir a la patria y poder conocer otros lugares, en fin, estar en un buque.

Me sometieron a los respectivos exámenes; medía 1.62 mts., pesaba 55 kilos. Salí apto e inmediatamente nos mandaron a la peluquería; previamente un comandante y un técnico me preguntaron si contaba con la autorización de mis padres y hermanos (éramos siete), les respondí que sí, y

en realidad era cierto.

Después de todos los ajetreos, enrumbamos en dirección al sur y se hizo escala en Huacho. Me enteré mucho después que cuando mi señora madre se enteró de este hecho, no pudo hacer nada para impedir mi partida, pues cuando llegó al muelle el *Grau* había zarpado; su desesperación fue muy penosa. Ese triste hecho era común en muchos puertos cuando un hijo se presentaba o era llamado al servicio.

De Huacho partimos al Callao, donde llegamos el día 7, y recuerdo que el Capitán de Navío Saldías, primer Comandante del *Grau*, nos hizo formar en cubierta y nos dijo que todo el personal que se había presentado voluntario se queda a servir en el buque. A los diez días nos designaron los departamentos; a mí me tocó ir a la quinta división de armamento, que en ese entonces era la cámara de torpedos; fuimos siete los marineros destacados a esa división (uno de Puerto Pizarro, uno de Talara, uno de Paita, uno de Pimentel, 2 de Eten y yo, de Puerto Chicama); mi número de inscripción fue el 714. Este buque fue mi dependencia durante los dos años que estuve en la Marina; recorrimos todo el litoral desde Puerto Pizarro a Ilo, en diferentes oportunidades.

Recuerdo que un 22 de diciembre del año 1934, a las 11 de la noche, zarpamos a Balboa; atracamos en Talara para hacer combustible, era ya 24, y pudimos apreciar el baile de diferentes danzas con que celebraban la fiesta de Navidad. Esa misma noche seguimos rumbo; yo iba con la guardia de 10 a 12 de la noche; cuando entramos en aguas internacionales se hizo una gran fiesta para el bautizo. Se preparó un gran baile: hubo bailarines, esclavos, reina, etc.; hicimos un pozo como una especie de piscina, y todo el que por primera vez pasaba por esta agua tenía que bañarse y ser bautizado. A todos nos pusieron nombres de especies de mar, y nos dieron sendas partidas de bautismo; recuerdo que la banda del buque amenizó muy bien este acontecimiento.

El día 1° de enero de 1935, entramos a Balboa. Eran las 6 de la mañana, y para mí era maravilloso lo que ni había imaginado conocer, por eso daba gracias a Dios por haberme presentado como voluntario. Tuve suerte porque ese día me tocaba franco y en la tarde con mis amigos marineros norteños salimos a conocer Balboa; en micro, que les llamaban Chivos, pasamos a Panamá, el pasaje costaba 5 centavos de dólar. Los días que estuvimos me permitieron conocer casi medio Panamá. El 17 regresamos a Perú, y llegamos al Callao el 22 de enero. En febrero salimos con los cadetes a los puertos del sur. No me acuerdo, señor Almirante, de las fechas en que salimos, como le digo líneas arriba, rumbo a los puertos de todo el litoral peruano, tanto del norte como del sur.

Le digo que tuve suerte de viajar junto con el *Grau* al Centenario de Trujillo, y allí, después de muchas gestiones obtuve el permiso para viajar a mi tierra, Puerto Chicama. El buque estaba anclado en Salaverry. Recuerdo la emoción que sentí al reunirme con mi familia, alegre y triste a la vez porque ya no encontré a mi señora madre; ella había fallecido cuando me encontraba rumbo a Panamá. Mis hermanos me-

nores me pedían que ya no regrese al buque, pero no podía faltar a mi palabra y el respeto a mis superiores.

Tuve un cuaderno donde anotaba todas las salidas y llegadas a los puertos, cuaderno que quizás pocos lo han tenido; en él anotaba todo: tenía hasta registrado el cuerpo de lo que constaba un torpedo, que media 5 metros de largo.

Recuerdo que, como marinero de segunda, mi propina era de 12.50 soles. Después de un examen ascendí a marinero de primera, cuya propina era de 20.00 soles. Guardo muy gratos y grandes recuerdos de todo lo que me permitió conocer la Marina; además de haberla servido y honrado, ha sido para mí un orgullo haber pertenecido a ella, y hoy me enorgullece que mi hijo también pertenezca a ella.

Esto a grandes rasgos, señor Almirante, es lo que puedo recordar y espero que pueda servirle para lo que usted tiene en mente. Demás está decirle que cada llegada a un puerto era una emoción muy grande para mí.

Lorenzo Alva Caballero inició su vida de recluta en los mismos días que el suscrito, en el grado de alférez de fragata comenzaba su servicio a bordo. El uniforme que él viste en la fotografía es el mismo que han vestido todos los marineros hasta la fecha de mi retiro del servicio activo.

NOTA.- Ha querido el destino que el recluta Lorenzo Alva Caballero, personaje de esta reseña, sea el padre del señor Julio Alva Flores, excelente empleado civil que labora en el Instituto de Estudios Históricos-Marítimos a partir del primer día en que se dio inicio a la "Comisión para escribir la Historia Marítima del Perú", el 24 de setiembre de 1963. Hoy es una autoridad en los trabajos de edición, desde las primeras páginas de nuestra obra, asimismo, consultor de preclaros historiadores y medios de publicación.